



question

Periodismo / Comunicación
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-Compartir Igual
4.0 Internacional



Las huellas de la violencia y el narcotráfico en México: un análisis desde la perspectiva de la crónica periodístico-literaria

Jeovanny Moisés Benavides

Question/Cuestión, Vol. 2, N° 66, Agosto 2020

ISSNe 1669-6581

<https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/index>

ICom-FPyCS-UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e467>

Las huellas de la violencia y el narcotráfico en México: un análisis desde la perspectiva de la crónica periodístico-literaria

The traces of violence and drug trafficking in México: an analysis from the perspective of the journalistic-literary chronicle

Jeovanny Moisés Benavides

Universidad Técnica de Manabí, Ecuador

jeovanny14@gmail.com

<http://orcid.org/0000-0002-7606-2131>

Resumen

La crónica periodística es un género que ha servido para contar la realidad latinoamericana desde diversos puntos de vista. Lejos de buscar la transitoriedad de los datos noticiosos y de intentar deslumbrar con primicias, este género pretende reconstruir con elementos literarios una realidad

incomprensible, que muchas veces duele, pero que merece ser narrada, como es el caso de las marcas del narcotráfico y la violencia suscitada en México. En este contexto, lo que proponemos en el presente estudio es un trayecto histórico a partir de una mirada periodístico-literaria. Para ello analizamos tres textos de tres autores mexicanos: Alma Guillermoprieto, Juan Villoro y Alejandro Almazán. El recorrido que trazamos va desde los magnicidios (un cardenal y dos políticos) ocurridos en México entre 1994 y 1995, las influencias del narcotráfico en la sociedad y política de este país, y culmina con la desaparición forzada de 43 estudiantes en el estado de Guerrero en septiembre de 2014. Todo ello a partir de la impronta estilística y abordaje particular de los hechos que han realizado los cronistas señalados.

Palabras clave

Crónica; narcotráfico; narrativa; México; violencia.

Abstract

The journalistic chronicle is a genre that has served to tell the Latin American reality from different points of view. Far from seeking the transience of the news data and trying to dazzle with scoops, this genre seeks to reconstruct with literary elements an incomprehensible reality, which often hurts, but which deserves to be narrated, as is the case with the trademarks of drug trafficking and the violence provoked in Mexico. In this context, what we propose in this study is a historical journey from a journalistic-literary perspective. For this we analyze three texts by three Mexican authors: Alma Guillermoprieto, Juan Villoro and Alejandro Almazán. The route we take goes from the assassination (a cardinal and two politicians) that took place in Mexico between 1994 and

1995, the influence of drug trafficking on the society and politics of this country, and culminates in the enforced disappearance of 43 students in the state of Guerrero in September 2014. All this based on the stylistic imprint and particular approach of the facts that the chroniclers have made.

Key Words

Chronic; drug trafficking; narrative; Mexico; violence.

Introducción

¿Contar la historia o narrar una historia? Las formas de construir acontecimientos y plasmarlos de alguna manera siempre han sido un tema de debate tanto por el modo de hacerlo, el género que se escoja y el medio que se requiere para difundirlo. Y aun cuando se solventen estos aspectos, las preguntas que surgen en lo posterior apuntan hacia qué tanto de objetividad o subjetividad existe en un determinado texto y qué tanto de veracidad o invención se encuentra en el documento escrito. En este sentido, la crónica no está exenta de estos cuestionamientos, pero debido a una perspectiva singular del autor se configura como una forma particular de narrar un hecho a partir de la construcción de una mirada honesta de la realidad.

De esta manera, este género, engendrado por la historia, se ha abierto caminos para, convertirse en “la matriz de uno de los modos de contar la realidad social latinoamericana” (Falbo, 2007, p. 15). Los recursos literarios de los cuales echa mano la crónica fortalecen el texto y le dan mayor dosis de perdurabilidad. Sin embargo, al estar narrado en clave periodística, el cronista sabe que no hay lugar para la ficción. Pese a ello, la narración de este tipo de historias cuenta con “un diálogo permanente con la literatura y el análisis

social” (Sierra y López, 2016, p. 923). Es decir, que se preocupa por construir una memoria histórica y al hacerlo pretende rescatar al periodismo del rasgo fugaz que presentan las informaciones cotidianas (Benavides, 2007).

Por esta razón, estudiosos de esta forma de escritura, la definen como una manera de contar la historia que se superpone y cruza los géneros tradicionales: la noticia, el reportaje, el perfil, la columna de opinión. Y “al hacerlo, problematiza o al menos plantea preguntas sobre lo real y sobre las formas de representar y de narrar que utilizan el periodismo y la literatura” (Aguilar, 2018, p. 153).

En este orden de ideas, el presente estudio analiza las huellas que la violencia y el narcotráfico han dejado en México desde la perspectiva y la impronta autorial de tres cronistas: Alma Guillermoprieto, Juan Villoro y Alejandro Almazán. Con su estilo particular, estos autores tratan primero de seducir a los lectores a través del lenguaje y de la composición de su discurso con el propósito de trascender y de superar el relato eminentemente periodístico, porque “se puede leer una buena crónica de hace mucho tiempo e identificar todos los elementos de validez que se encuentran en un buen relato literario, en el que se establece un diálogo entre el lector y el escritor de cualquier época” (Puerta, 2016, p. 13).

Los textos analizados en este trabajo también tienen un orden cronológico e inician con tres magnicidios suscitados en México entre 1994 y 1995, problemas causados por el narcotráfico en este país y con la famosa desaparición de 43 alumnos del estado de Guerrero en el 2014. ¿Por qué precisamente el análisis de estos hechos desde la mirada de este género? Porque, entre otras cosas, coincidimos con el criterio de que “la crónica ha sido

también un medio (no exclusivo) para ejercitar la definición de la identidad latinoamericana” (Darrigrandi, 2013, p. 136).

La impunidad del crimen organizado desde la mirada de Alma Guillermoprieto

Alma Guillermoprieto (1949) es una de las cronistas mexicanas más importantes no solo de México, sino de América Latina. Uno de sus rasgos es que no escribe en español ni en ningún medio de la región, sino escribe en inglés para la prestigiosa revista estadounidense *The New Yorker*. Sus textos son traducidos y compartidos en varios medios mexicanos y también se han recopilado en algunos libros. Nació en México y actualmente vive en Estados Unidos. En la crónica que se analiza a continuación retrata la crisis mexicana dominada ya por el crimen organizado, el narcotráfico y la violencia en todas las esferas. Sobre Guillermoprieto, se indica que su trayectoria como periodista es la historia de la realidad de América Latina ante “la incapacidad de nuevos gobiernos democráticos por evitar la corrupción, el narcotráfico, la violencia y la miseria; gobiernos que terminan desgastados y hasta envilecidos por los males que deben combatir” (Garza, 2003, p. 166).

Quizá para las actuales generaciones, la ola de crímenes, violencia y derrame de sangre es algo de estos últimos años. La memoria es frágil, tiende a idealizar el pasado y decir, por ejemplo, que “todo tiempo pasado fue mejor”, pero no es así. Situada entre 1993 y 1994, esta crónica titulada “¿Dónde está el asesino?” conmocionó a la sociedad mexicana de la época porque se narraban magnicidios: los asesinatos en menos de un año de un influyente cardenal y de importantes políticos mexicanos.

Por la variada información que Alma Guillermoprieto nos ofrece en esta crónica podemos decir que su estilo está caracterizado por la forma en que el texto se encuentra documentado hasta el extremo, que no deja resquicios ni aberturas. Hay una voz narrativa que emplea la primera, segunda y tercera persona sin que sea un inconveniente y ni que tampoco se preste a confusiones. El inicio del texto hace recordar en el lector las mejores historias contadas por Truman Capote. Antes de adentrarse en la reportería, Alma Guillermoprieto ofrece un contexto pertinente para comprender la razón misma de su trabajo:

El 24 de mayo de 1993, cuando el cardenal Juan Jests Posadas, arzobispo de Guadalajara, se disponía a bajar de su auto en la concurrida entrada al aeropuerto de Guadalajara, un grupo de seis sicarios se le acercó, abrió por la fuerza la puerta del vehículo y le disparó a quemarropa. Quizás no se sepa nunca por qué mataron al cardenal, pero todos reconocen que los asesinatos fueron contratados por una nueva elite que ha surgido en el país a increíble velocidad: los capos del narcotráfico. En marzo de 1994 Luis Donald Colosio, el candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional, fue asesinado en Tijuana. El presidente Carlos Salinas de Gortari escogió en su reemplazo al jefe de campaña de Colosio, el poco convincente Ernesto Zedillo, quien fue elegido con todas las de la ley en agosto. El sistema se preparó para seguir como si nada, pero un mes después ocurrió otro magnicidio. Esta vez le tocó el turno al secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu, y con su muerte la gente cayó en cuenta de que, en esta era imprevisible, el crimen podría estarse convirtiendo en la más nueva forma de hacer política (Guillermoprieto, 1999, p.147).

El inicio es cuestionador, como puede apreciarse. Si bien brinda datos de contexto, la forma en que Alma Guillermoprieto cierra el párrafo fija su posición

y su perspectiva en el relato. Estos asesinatos, por el vínculo que tuvieron y por el revuelo que causaron, desencadenaron grandes especulaciones y definieron el futuro del país.

En “¿Dónde está el asesino?” se detalla que los tres asesinatos son aterradores porque aún no han sido resueltos, prueba irrefutable no solo de que el país se está cayendo en pedazos, sino de que no hay nadie capaz de reconstruir el viejo orden. Dice Guillermoprieto que en México no se había visto nada igual desde los días caóticos que siguieron a la revolución de 1910. El país estaba sumido en una crisis económica rampante, gracias al narcotráfico la delincuencia ha adquirido un poder impresionante y el régimen unipartidista se está desintegrando. Pero el epicentro emocional del descontento y la intranquilidad que parecen haber impregnado tantos aspectos de la vida pública y privada de México siguen siendo los asesinatos, que dieron al traste con una ilusión entrañable que los ciudadanos de este país sobrellevaban y toleraban: la de un régimen que no era transparente ni justo, pero sí profunda y tranquilizadamente previsible.

Para entender la complejidad del problema, Alma Guillermoprieto entrevistó hasta el presidente de ese entonces, Carlos Salinas. Señala que en ese encuentro, en agosto de 1994, poco antes de la elección de su sucesor, su gobierno no se había repuesto aún del impacto de la rebelión zapatista en Chiapas y del asesinato de Colosio, pero el presidente había logrado mantener sus altos índices de popularidad y, para ser un mandatario con el sol a las espaldas, conservaba un grado insólito de control político.

En la crónica periodística de Alma Guillermoprieto se van desgranando y revelando el rol de cada institución u organismo responsable. El mérito de esta cronista mexicana radica en su “obsesiva fijación por el detalle, una prosa

exquisita y una entrenada capacidad de asombro, han hecho de ella una de las periodistas más interesantes en una y otra lengua” (Salazar, 2011, p. 46),

La riqueza de los textos de esta autora residen en su estilo y en su capacidad como reportera, porque asume toda la responsabilidad de lo publicado y confía en que “sus lectores adviertan que detrás de cada dato, detrás de cada deducción, hay un corazón y un cerebro –el suyo– que trabaja con resultados verificables que dejan claro que estamos ante una profesional de la información” (García, 2003, p. 168).

La historia de aquellos años turbulentos que se vivieron en México en la década de 1990, intentan ser explicados en base a la reportería exhaustiva de Guillermprieto. Sin embargo, la realidad latinoamericana siempre ha tenido un carácter surrealista. Esta autora lo sabe, por eso hacia el final de su crónica pretende explicar la impunidad, la lentitud y complicidad del sistema judicial con el crimen organizado. Veamos:

Ha pasado casi un año desde el asesinato de José Francisco Ruiz Massieu, y dieciocho meses desde el perpetrado contra Luis Donald Colosio. Más de dos años después del que victimó al cardenal Posadas, Chapa Bezanilla concluyó que su muerte solo pudo ser accidental, porque nadie pudo haber querido matar a un hombre tan apreciado. En una entrevista en la calle a comienzos de septiembre, el procurador general mencionó de pasada que la investigación sobre el asesinato de Ruiz Massieu también había culminado. No se tiene la sensación de que se haya hecho justicia, y en este momento Mario Ruiz Massieu es apenas uno de los muchos personajes de un delirante elenco que se han convertido en villanos de la noche a la mañana: Como personaje, sigue siendo poco convincente y mediocre, al igual que el burócrata priista a quien se acusa de haber disparado la segunda bala contra Colosio, y que el exdiputado

Muñoz Rocha. Pero seguimos obsesionados con estos actores de segunda, porque son los únicos protagonistas que logramos entrever en una tragedia criminal que se presenta en un escenario a oscuras, mientras a nosotros se nos mantiene, angustiados y alertas, del otro lado del telón (Guillermoprieto, 1999, p. 166).

Los textos de Alma Guillermoprieto no se encuentran repletos de innovaciones estilísticas. Son escritos de forma sobria y directa. Para Wiener (2011), los recursos utilizados son discretos. No son rimbombantes, por el contrario están empleados en la medida en que la propia crónica lo requiere y se ajustan a la rigurosidad de la reportería empleada. Por eso el texto que analizamos aún tiene vigencia luego de más de veinte años de haber sido escrito.

El abordaje del narco-terror desde el abordaje particular de Juan Villoro

Juan Villoro es uno de los escritores contemporáneos más importantes e influyentes en América Latina. Ha incursionado con notable éxito en la novela, el cuento y la crónica. Además es un destacado articulista que ha publicado en diversos medios. Su labor periodística ha sido distinguida con múltiples reconocimientos. Nacido en 1956, este autor mexicano ha tratado en sus obras el terror que ha desatado la ola narcoterrorista en su país y en la región. Para Villoro la realidad cobra un profundo y nuevo sentido en el relato de la crónica, por ello es un género que le apasiona. La crónica que seleccionamos de este autor para su análisis resultó galardonada con el Premio Rey de España en el 2010.

Para explicar la instauración del narcotráfico en México, especialmente durante las últimas dos décadas, Villoro lo que plantea es una mirada desde el ámbito sociológico. “La alfombra del terror narco” es, incluso, un texto escrito en clave

de crónica ensayística. Se desliza mucho del pensamiento de Villoro allí, pero sin ser invasivo. No hay en este texto, por ejemplo, la clásica construcción de personajes ni el uso de diálogos y escasea la construcción de escenas. Sin embargo, la crónica tiene otras fortalezas como su profundo compromiso con las víctimas y la explicación lúcida del problema real del azote del narcotráfico. Veamos cómo empieza:

De acuerdo con el axioma de Andy Warhol, en el futuro todo mundo será célebre durante 15 minutos. Esta utopía de la dicha tiene sentido en una sociedad del espectáculo. La cultura política mexicana prestigia la felicidad del modo opuesto: lo importante no es lo que se ve, sino lo que se oculta. Un destino logrado no desemboca en la celebridad; se cumple en secreto. La utopía mexicana ha consistido en disponer de 15 minutos de impunidad. Durante 71 años (1929-2000), el PRI gobernó sin perder ni ganar elecciones democráticas. Se perpetuó a través de una rotación de camarillas que confundían lo público y lo privado, y renovaban esperanzas similares a las de los concursos de feria: “Si ahora no te fue bien, el próximo gobierno de la Revolución te hará justicia” (Villoro, 2013, p. 1).

Desde el comienzo apreciamos que el texto de Juan Villoro tiene un posicionamiento y una mirada política. Si se pretende llegar a la raíz del problema y mirar más allá de aquello que publican los medios todos los días, no hay manera de obviar este ámbito. Con ello pretende visibilizar la naturaleza del mal y cuestionar no solo la miopía del poder en relación al narcotráfico, sino su complicidad. Hay un cuestionamiento directo al Partido Revolucionario Institucional (PRI) que mantuvo el poder por casi un siglo con los resultados que están a la vista. Se trata del inicio del retrato de la forma en que un partido político propicia la impunidad y se vuelve cómplice de los principales lastres y

azotes sociales. La ironía atraviesa todo el relato. Según Marinone (2019), el mérito de los textos de Villoro radica en la documentación exhaustiva y en los cuestionamientos que hace de la realidad.

La crónica de Villoro evidencia que el narcotráfico se extendió a lo largo del territorio mexicano, constituyéndose en muchos espacios como la única autoridad visible. La narcocultura que rige en el México de hoy ha generado miedo a los periodistas de expresarse y a la gente de mencionar el asunto. En este sentido, los golpes del narcotráfico son terribles e irreversibles. Explica Villoro:

El narcotráfico suele golpear dos veces: en el mundo de los hechos y en las noticias donde rara vez encuentra un discurso oponente. La televisión acrecienta el horror al difundir en close-up y cámara lenta crímenes con diseño “de autor”. Es posible distinguir las “firmas” de los cárteles: unos decapitan, otros cortan la lengua, otros dejan a los muertos en el maletero del automóvil, otros los envuelven en mantas. A veces, los criminales graban sus ejecuciones y envían videos a los medios o los suben a YouTube después de someterlos a una cuidadosa posproducción. La mediósfera es el duty-free del narco, la zona donde el ultraje cometido en la realidad se convierte en un “infomercial” del terror (Villoro, 2013, p. 2).

Se trata del predominio del horror. Didier Correa (2012), el sociólogo y especialista en la obra de Villoro y en temas mexicanos, se hace una pregunta esencial sobre este aspecto: ¿Cuál es la distancia que separa una posible estética de la violencia de una ética violenta? Más allá de lo pintoresco que resulte, hay algo que resalta en estas descripciones que se han presentado y que no es posible sortear.

Cuando se piensa en el narcotráfico es inevitable remitirse a un estallido de formas estéticas amalgamadas, al derroche de fantasía que sólo el dinero a gran escala puede cristalizar; pero, aún más ineludible es pensar en el estallido de artefactos explosivos, de ráfagas de dolor que acaban con la posibilidad de legitimar cualquier pretensión a un estatuto estético más o menos fundamentado (Correa, 2012, p. 14).

Frente a esta realidad los medios son meras herramientas que al parecer también se encuentran al servicio de organizaciones criminales, porque como leímos en el párrafo precedente a este análisis, el narcotráfico suele golpear dos veces: en el mundo de los hechos y en las noticias donde rara vez encuentra un discurso oponente. Otro estudioso de la obra de Villoro, Manuel de Jesús Llanes (2012), señala que los temas que aborda este autor tratan de forma magistral la forma en que este tipo de problemas estalla en una nación en jaque debido al crimen organizado y es importante porque también narra la crisis de la gobernabilidad debido a que desde la perspectiva de las más altas autoridades han optado no solo por pactar con el narcotráfico, sino que han llegado al extremo de solaparlo.

El presidente Calderón pasó por elecciones muy impugnadas que dividieron al país. Para realzar su fuerza, ordenó que el ejército patrullara el país. Este anuncio de que la confrontación era posible, provocó que los cárteles combatieran entre sí y ejecutaran policías. Mientras los cadáveres aparecían en carreteras y cañadas, no se investigaron redes de financiamiento ni se detuvo a cómplices del crimen en el gobierno. El último alto funcionario arrestado por tratos con las mafias fue Mario Villanueva, gobernador de Quintana Roo, investigado en tiempos de Ernesto Zedillo. Hemos llegado a una nueva gramática del espanto: enfrentamos una guerra difusa, deslocalizada,

sin nociones de “frente” y “retaguardia”, donde ni siquiera podemos definir los bandos. Resulta imposible determinar quién pertenece a la policía y quién es un infiltrado. El trato con el crimen ha derivado en un decisivo desplazamiento simbólico. Si durante décadas nos protegimos de la violencia pensándola como algo ajeno, ahora su influjo es cada vez más próximo (Villoro, 2013, p. 4).

A lo largo de la crónica vemos a Juan Villoro actuar como un intelectual profundamente comprometido con la realidad y los problemas de su tiempo. Hay en el texto una voz de alerta porque el crimen organizado es cada vez más cercano y también una crítica severa a los responsables de que ello ocurriera: el gobierno mexicano. Llamar, por ejemplo, al presidente de ese entonces Calderón y señalarlo como uno de los responsables es una actitud valiente. Se trata también de una respuesta a críticos de la crónica periodística que durante años la han cuestionado por preocuparse más de las formas narrativas y la estética del texto antes de los problemas de su tiempo. Dice Villoro que todos tenemos méritos para pisar la alegoría de esa alfombra a la que hace referencia y que por ello se ha constituido en una herencia que, indudablemente, nadie pidió para sí, pero que le pertenece a la sociedad mexicana en su conjunto. Y es así como la crónica periodística sobre el narcotráfico se convierte en un relato: narrando el horror que han padecido las víctimas del narcotráfico, señalando responsabilidades, pero al mismo tiempo contextualizando una realidad tan compleja como indescifrable.

El grito de Iguala y la desaparición de 43 estudiantes en el estado de Guerrero desde un enfoque periodístico-literario en la pluma de Alejandro Almazán

Alejandro Almazán es un cronista mexicano especializado en temas relacionados con la corrupción del poder y el narcotráfico. Suele publicar sus textos en la revista Gatopardo. Nació en la ciudad de México en 1971. Sus últimos libros son “El más buscado”, que es una novela inspirada en el líder del cártel de Sinaloa, Joaquín ‘Chapo’ Guzmán, y “Crónicas inexplicables”, una selección de sus mejores trabajos periodísticos. Ha ganado tres veces el Premio Nacional de Periodismo en su país. En el 2013 obtuvo el Premio Gabriel García Márquez de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.

La crónica que analizamos de Alejandro Almazán se denomina “Temporada de muertos: carta desde Guerrero” y se publicó en la revista Gatopardo en diciembre de 2014. Se trata de uno de los mejores textos que se han escrito sobre la desaparición forzada de 43 estudiantes en el estado mexicano de Guerrero en septiembre de 2014. En la crónica se aborda una espiral de violencia y brutalidad humana cometidas durante la noche del 26 de septiembre y la madrugada del 27 de septiembre del 2014.

Uno de los aspectos relevantes de la crónica de Alejandro Almazán es que deja al descubierto varios de sus procedimientos en su ejercicio como reportero. La búsqueda de las fuentes es una tarea exhaustiva y eso quedó demostrado. Otro de los factores que hacen de esta crónica un texto memorable es que deja en evidencia la forma en que el poder es indiferente en unos casos y miente cínicamente en otros sobre la barbarie cometida. Y no lo hace descalificando o emitiendo el juicio fácil de un ser que mira todo desde arriba, sino que, por el contrario, dialoga con autoridades y pone por escrito, a manera de diálogo, el fruto de sus entrevistas. Alejandro Almazán confronta, enuncia en el texto sus

criterios construyendo un narrador que va de un lugar a otro buscando respuestas.

Le pedí que me hablara sobre la amapola que se siembra masivamente en su municipio, pero Mario Chávez, el joven alcalde de Tlacotepec, parecía venir de otro país: me dijo que eso ya no se daba, que era fama nomás y luego empezó a platicarme que un hombre con alas, aunque otros dicen que es un dragón, llevaba noches apareciéndose en su pueblo. “Mañana va a ir el obispo a bendecirnos el cielo, lo va a hacer desde un helicóptero que conseguimos”, me contó el alcalde como si no quedara otra salvación. Hubiese ido a Tlacotepec para ver en qué acababa el cuento, pero afuera del restaurante donde platicábamos estaba Guerrero y dentro de éste estaban nuestros muertos, nuestros desaparecidos.

No eran tiempos para hablar de fábulas.

Era temporada de la flor de muertos, del cempasúchil (Almazán, 2014, p. 1).

El posicionamiento en el relato del cronista lo observamos desde el comienzo. Alejandro Almazán no maquilla la realidad, no dice: “El alcalde no quiso hablar del asunto”, sino que presenta su encuentro con él de una forma muy gráfica. Las dos líneas iniciales son claves para entender el estilo del autor y para descifrar las claves del resto de la crónica: Claro, Almazán no vive en el estado de Guerrero y como viene de lejos el discurso de la autoridad es plantear un escenario idílico de la realidad, un lugar perfecto listo para veranear cuando hacia cosas de menos de dos meses hubo una masacre sin precedentes en Iguala.

Estudiosos del tema conocen que lo sucedido con los 43 normalistas y la masacre que hubo ahí en septiembre de 2014 no fue algo casual. El estado de

Guerrero ha sido el origen de cuna de levantamientos armados y de tragedias nacionales, lo que contrasta directamente con los destinos turísticos o los grandes desarrollos inmobiliarios en el mismo estado.

Alejandro Almazán ha entrevistado a decenas de personas, lugareños y vecinos, con la intención de escribir sobre la masacre de septiembre de 2014. Y, sin embargo, el alcalde del lugar sigue insistiendo con que lo de Guerrero es solo un estigma y que no ha pasado nada. En la ceguera y la versión solapada de quienes ostentan el poder no se admite otras versiones de la realidad. Para los familiares de las víctimas, este texto es un consuelo menor, pero consuelo al fin. Aquí podría aplicarse la forma en que Gabriel García Márquez se refiere la escritura de su obra "Noticias de un secuestro". Se trata de una frustración autorial: "Mi única frustración es saber que ninguno de ellos encontrará en el papel nada más que un reflejo mustio del horror que padecieron en la vida real" (García Márquez, 1996, p. 6).

El texto termina con una imagen casi poética. El autor ha desplegado todos sus esfuerzos durante su visita a distintos lugares del estado de Guerrero. Cuando leemos la crónica también leemos el recorrido que ha transitado Alejandro Almazán. Sus vicisitudes y convicciones están presentes a cada momento. Las historias de la gente del pueblo no dejan de asombrar, pero para el cronista es momento de embarcar al siguiente vuelo.

Era casi media noche cuando le hice la parada al taxi. "A la terminal", le dije, pero no me escuchó. "Es que vengo bien sacado de onda", se disculpó. "Acabo de bajar a una señora, la traje de aquí para allá, recogiendo dinero, pero la bajé". Yo no entendía de lo que me hablaba, hasta que me platicó la historia desde el inicio. Entonces supe que la señora tenía un negocio de ropa y que a su marido, un profesor de bachilleres, lo habían secuestrado. La señora tenía

que reunir 100 mil pesos para que no torturaran a su esposo, pero necesitaba otros 200 mil para que lo soltaran. “Quería que la acompañara a pagar el rescate”, me dijo el taxista. “¿Tú la hubieras acompañado?”, me preguntó. “No creo”, le contesté y me avergoncé conmigo mismo. Por eso tenía que contarlo (Almazán, 2014, p. 7).

Un cronista y la necesidad de contar lo que ha visto: un trabajo periodístico-literario excepcional que culmina cuando finaliza su recorrido y se siente a escribir, pero para Iguala todo continúa igual. Sin embargo, para sus habitantes aún hay esperanza. La crónica se articula en relato histórico cuando permite escuchar esas voces de los protagonistas y les da la posibilidad de mantener intacta la memoria de hechos que aún se resisten a olvidar, porque buscan evitar la impunidad. El oficio del cronista Alejandro Almazán es arduo; su quehacer periodístico-literario multiforme siempre depende del cómo se realiza.

Conclusiones

La crónica periodística tiene un carácter informativo e interpretativo, pero escrita con estilo literario. En este sentido, construye un relato diacrónico que posee como rasgo una impronta y un estilo literario de sus autores.

La construcción de conocimiento histórico por parte del cronista se basa en una reportería exhaustiva e intensa documentación. El periodista va al lugar de los hechos, entrevista a decenas de fuentes, realiza un registro de fuentes orales y documentales irrefutables y, en paralelo, añade su visión como narrador del hecho. Esto ha sucedido con los casos que hemos analizado y los textos abordados.

La crónica sale de sus fronteras y pretende configurar la realidad en base a una mixtura entre literatura y la narrativa histórica con la narrativa periodística. En

este híbrido se articula un relato nuevo, un relato que busca rescatar la memoria con herramientas propias del campo de la ficción literaria. A la luz de esta perspectiva analizamos la forma en que este género ha tratado las huellas que ha dejado la violencia y el narcotráfico en México.

La crónica es la forma original de concebir un trabajo histórico en el sentido de que se trata de la acción más elemental para explicar lo que ha sucedido. Antes de pertenecer al periodismo, la crónica fue, al inicio, un género historiográfico. Más tarde se volvió un género literario y adoptó formas y técnica en el realismo. La crónica periodística tiene ese componente histórico que nos ayuda a entender y encontrar las claves de grandes sucesos para los cuales se pretende dar una respuesta.

Bibliografía

- Aguilar, M. (2018). La crónica latinoamericana actual como género y como discurso. (Tesis de doctorado). Recuperado de <https://repositorio.uc.cl/bitstream/handle/11534/21991/Tesis%20Marcela%20Aguilar.pdf?sequence=1>
- Almazán, A. (Diciembre de 2014). Temporada de muertos: carta desde Guerrero. *Revista Gatopardo*, pp. 1-7.
- Benavides, J. (2017). La configuración de la crónica periodística de Tomás Eloy Martínez como relato histórico de la dictadura en la Argentina. *Revista Académica Question*, 9(54), pp. 3-17.
- Correa, D. (2012). Narc Deco. Ética y estética del narcotráfico. *Revista Analecta Política*, 2, pp. 127-140.
- Darrigrandi, C. (2013). Crónica latinoamericana: algunos apuntes sobre su estudio. *Cuadernos de literatura*, 17, pp. 122-143.

- Falbo, G. (2007). *Tras las huellas de una escritura en tránsito*. La Plata, Argentina: Editorial Al margen.
- García Márquez, G. (1996). *Noticia de un secuestro*. Barcelona, España: Editorial Mondadori.
- Garza, C. (2003). Vigencia del relato como sentido de la realidad: análisis de reportajes históricos. (Tesis de doctorado). Recuperado de <https://eprints.ucm.es/4819/>
- Guillermprieto, A. (1999). *Los años en que no fuimos felices*. Barcelona, España: Plaza & Janes Editores.
- Llanes, M. (2012). *Idea de Hispanoamérica en la obra de Juan Villoro*. (Tesis de doctorado). Recuperado de http://diposit.ub.edu/dspace/bitstream/2445/35056/2/MJLLG_TESIS.pdf
- Marinone, M. (2019). Las correcciones de Juan Villoro. *Traslaciones: Revista Latinoamericana de Lectura y Escritura*, 6(12), pp. 17-31.
- Puerta, A. (2016). La crónica latinoamericana actual: lo maravilloso real. Análisis del periodismo narrativo de Alberto Salcedo Ramos. (Tesis de doctorado). Recuperado de <https://repositorio.uam.es/handle/10486/673229>
- Salazar, D. (junio de 2011). Alma Guillermprieto, el periodismo es también una forma de autobiografía. *Letras libres* (117), pp. 46-49.
- Sierra, F., y López, A. (2016). Periodismo narrativo y estética de la recepción. La ruptura del canon y la nueva crónica latinoamericana. *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 22(2), 915-934.
- Villoro, J. (1 de mayo de 2013). La alfombra roja del terror narco. *El Clarín*, pp. 1-4.

- Wiener, G. (2011). Alma Guillermoprieto, "me parece maravillosa la frivolidad" una conversación con la célebre cronista mexicana, que vuelve a la palestra con "Desde el país de nunca jamás". *Quimera: Revista de literatura*, 330, 13-16.